

843
L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Pg 2472
- R3
S6

*A la Sra. V. D'Abbadie, que me inició en el
conocimiento del país vasco en el otoño de 1891.*

Homensaje de afectuoso respeto
PIERRE LOTI

Ascain (Bajos Pirineos), Noviembre de 1896.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

PREFACIO

La historia del exotismo en las letras francesas es clara y fácil de trazar. Desde el siglo XVIII, las imaginaciones vuelan hacia Oriente y América: las ocupan las sultanas, los mandarines chinos, los hurones y los iroqueses. La tendencia se revela en Diderot y Voltaire. Sólo que, en vez de adaptar su mentalidad á los países lejanos, quisieron los enciclopedistas adaptar los países lejanos á sus teorías y demostraciones filosóficas. Vino luego Bernardino de Saint-Pierre, y por primera vez halló emoción en el espectáculo de una comarca distinta de las civilizadas. En pos, Chateaubriand desarrolló las perspectivas de los grandes ríos del Nuevo Continente, de la sabana inmensa, de los bosques vírgenes. Y, más adelante, la época romántica trae una orgía de exotismo, — palabras textuales de un crítico eminente. — « Cada cual se buscó una patria ideal, en tierras remotas... » Al disolverse el romanticismo, cesa este movimiento centrífugo de la literatura. Hasta la curiosidad cosmopolita de París se dijera que se ha extinguido. El realismo y el naturalismo, desde Balzac, encierran á la novela en la provincia

francesa y en el ambiente parisiense. Francia se descubre y contempla á sí propia.

De nuevo, un preclaro escritor y artista eslabona la tradición del exotismo; es Gustavo Flaubert, en *Salambó*. No en balde, sin embargo, ha pasado el tiempo. El falso « color local » de Hugo y Musset, las andaluzas de Barcelona y los bandidos como Hernani, dejaron paso á la evocación vibrante y entretejida de realidad, no sólo de las tierras extrañas, sino de las épocas muertas. Si alguna influencia pudiéramos colegir en Loti, á quien se ha llamado literato espontáneo, sería de cierto la de Flaubert. No obstante, y en primer término, debemos darnos cuenta de que Loti ocupa, entre el realismo naturalista y el neoromanticismo, un puesto aparte, que no sólo le corresponde, sino al cual debe su inconfundible originalidad: todas las corrientes del exotismo han venido á confluir en él, y hasta puede decirse que de tal suerte le han impregnado, que las ha agotado y absorbido como una esponja. Después de Loti, es difícil á los imitadores seguir la misma senda. Se le ha llamado « el rey del exotismo » pero es un rey con muy pocos súbditos, ó, para hablar en lengua literaria, un maestro sin discípulos ni escuela. Su hechizo ó sortilegio, del cual tanto se ha hablado, es personal, individual, dependiente de una sensibilidad especialísima. Definirlo, es empresa que no se atrevió á acometer el sutil Lemaitre.

Pedro Loti, cuyo verdadero nombre, eclipsado por el glorioso pseudónimo, es Julián Viaud, nació en Rochefort-sur-Mer, y procede de una antigua

familia hugonota, expulsada al revocarse el edicto de Nantes y penetrada de ese ardiente celo, en los protestantes tan frecuente. Tuvo Viaud dos hermanos, varón y hembra. La hermana de Loti dicese que fué para él como segunda madre, y ejerció influencia en su vida y en sus aficiones literarias.

El ambiente en que se desenvolvió la niñez y primera juventud de Loti, guió su imaginación hacia las tierras remotas, los países mal conocidos, los viajes largos, las prolijas navegaciones. Un tío suyo, médico, no cesaba de hablarle del Senegal y la Guinea. Jugó con las conchas y los corales, traídos de los océanos y las costas distantes, en otras latitudes. Anheló recorrer el plane'a, poseerlo, respirar distinto aire, desembarcar en playas misteriosas. En su deseo de viajar, hasta le ocurrió hacerse misionero. Pensándolo mejor, entró en la Escuela naval.

De estos seres con instinto aventurero y errante, ¡cuántos ha producido nuestra España! *Desavraigarse*, salir á correr mundo, por mar ó tierra, es lo más ibérico que conozco. Pero el prurito inquietador de Loti va unido á una delicada y honda sensibilidad artística: la música, las aficiones artísticas, han afinado su alma. La intensidad psíquica con que supo sentir los países que visitó, va unida al don de expresarla, en forma que, si no revela la casi maniática labor de estilista de un Flaubert, es adecuada á las impresiones que se propuso comunicar.

Á cada país nuevo en que salta á tierra el marino,

surge un libro, sea novela ó relación de viaje. Estas últimas, numerosas y amenísimas, son mucho menos conocidas que las novelas, á las cuales debe Loti su reputación. En la novela cabe más lirismo, cabe mejor la manifestación de la sensibilidad peculiar de Loti.

La lista de sus obras es nutrida, y figuran en primera línea, entre el elemento novelesco, *Azyadé*, *Casamiento de Loti*, *Madame Chrysanthème*, *La Novela de un spahi*, *Hermano Ives*, *Pescador de Islanda*; entre el de viajes, *La Galilea*, que es un libro encantador, *Japonerías de otoño*, *Hacia Ispahan*, *Los Últimos días de Pekin*. No siempre es posible, en Loti, marcar la línea divisoria entre el libro de viajes, el relato autobiográfico y el cuento; y así como son narraciones de viaje sus novelas, lo novelesco, en el sentido artístico de la palabra, abunda en sus narraciones. Lo que le distingue de los demás viajeros escritores, es su concepción de la humanidad. Discípulo, sin proponérselo, de Mo tesquieu y de Taine, Loti es (en su poético terreno), uno de los sostenes firmes de la teoría que aísla á las razas y á las agrupaciones humanas desparramadas por la superficie del globo, y para las cuales no puede haber, entiende Loti, civilización uniforme y común. Lo observa Le maître, con la finura de percepción que le distingue. « Loti goza en sentir que, entre ciertas razas, existen tales diferencias, que no habrán de comprenderse nunca, y que los hombres son, los unos para los otros, impenetrables é ininteligibles, como lo es para todos el universo. »

Y Loti, profesando esta convicción de la impenetrabilidad, es á la vez el que más ha trabajado y se ha esforzado en penetrar el enigma de esfinge de las razas diferentes, y su ansia de revestirse momentáneamente del modo de ser de esas razas, ha llegado á tomar un carácter doloroso, de nostalgia infinita. El viajero desenfadado que llega á un país cuyos usos y costumbres desconoce, y se adapta á ellos alegremente, y come sin escrúpulo manjares peregrinos, y estrecha á mujeres amarillas, rojas, negruzcas, con igual buen humor que á una mozueta blanca, parece, á primera vista, un émulo de Loti... Pero lo que Loti desea beber, no es el licor exótico, servido por haitianas ó turcas; su sed va á manantiales más hondos; busca el alma, el conjunto de percepciones morales, sentimentales, religiosas, sociales, que laten bajo una piel de color distinto, y que se revelan en un mueble, una costumbre, un rito, un detalle de indumentaria, la rascadura de guitarrillo de una musmí, el gesto de desencanto de una mujer de Constantinopla. No es la curiosidad intelectual, con todo eso, el móvil de Loti. Curiosidad, le mueve sin duda, pero en ella domina casi exclusivamente el aspecto sentimental, el ansia de cerciorarse de que los humanos, que tanto difieren entre sí, sufren y penan igualmente. Al estudiar y casi profesar temporalmente las antiguas religiones de la India panteísta; al comprobar la ingente firmeza del catolicismo, igual que al describir con pinceladas deliciosas el amoral paraíso de la isla haitiana, lo que Loti persigue es un concepto general del mundo; casi dijera yo una fe.

Profundizando, se descubre esa ansia, radicada en lo íntimo de los que algo valen y algo se elevan por cima de lo que Dante llamó « la reata vulgar ».

Casi todos los críticos que han estudiado á Loti, recuerdan aquella su desesperada confesión, cuyos términos ni aun me atrevo á reproducir. Sólo diré que encierran el credo del más absoluto nihilismo, del vacío total, revelándonos, en el autor de tantas páginas sentidísimas, á uno de esos inconsolables del descreimiento, que ha producido con tal abundancia la literatura francesa en el último siglo, — como lo fué Gustavo Flaubert, como lo fué Alfredo de Vigny, como lo fué Leconte de Lisle, como lo fué Merimée el pagano. — Y el paganismo, algo tiene de creencia, y la religión de la belleza, que Teófilo Gautier profesaba, de culto : Loti ni aun eso posee. Pero no supongamos que el vacío completo y la negación total dejan en pos una letal calma, una paz mortuoria. No : continúa la interior agitación, porque no es fácil descansar en la idea de la nada. Y, en Loti, este estado moral se ve claramente, se descubre á cada momento, y, por decirlo así, trasmana de la emoción, de la manera de sentir, de la expresión del sentimiento, y pudiera adivinarse, aun cuando nouviésemos de ello la clara prueba que nos ofrece *Ramuncho*.

Yo quiero hacer resaltar la diferencia, en alto grado interesante, que existe entre esta novela, que vió la luz en 1897, y las restantes de su autor. Es la única de las suyas que pasa en Francia; y siento tentación de escribir que donde pasa es en España, si no me pareciese más exacto todavía repetir las

palabras que el autor pone en boca del joven contrabandista, su héroe : « Francés ó español, me es igual... Tanto me da lo uno como lo otro... Soy vasco... »

Es también *Ramuncho* la sola novela de Loti en que no se transparenta nada autobiográfico, aun cuando las inquietudes y afanes de traslación del protagonista, Loti los haya padecido. *Ramuncho* es un idilio, que, hasta involuntariamente, comparamos á *Pablo y Virginia*. Aquella castidad en la pasión; aquella juventud riente de los protagonistas; aquellas circunstancias de familia y de interés que se atraviesan para estorbar la felicidad de los enamorados niños; aquella sugestión y casi dijera opresión tiránica de la naturaleza, que impone el amor, acompasando el despertar de la pubertad al de la primavera, todo concurre á que el nombre de Bernardino de Saint-Pierre, precursor del exotismo, y el de Loti, vengan juntos á la pluma. Pero aun hay algo más típico en *Ramuncho*, á mi ver : y es la corriente de religiosidad profunda, casi de misticismo, que corre, ardiente y reprimida, por las páginas de tan bella y tierna historia. El *diletante* y el epicúreo que hay en Loti, y que tan clara y donosamente se muestra, por ejemplo, en las páginas irónicas de *Madame Crysanthème*, ha cedido aquí el paso al hombre educado en un ambiente familiar piadoso y puro; al que no conoce la duda, y está seguro de que muchas cosas valen más que el vivir y que la felicidad terrestre; que proclama la inmensa dicha, la incomparable sabiduría de dormir el último sueño donde lo duermen los ante-

pasados, junto á sus sacras cenizas, al pie de la iglesia que oyó nuestras primeras oraciones y cuyas losas gastaron tantas rodillas, en la postración de las oraciones habituales.

No se deduzca de lo que voy escribiendo que sostengo la tesis de una « conversión », aun transitoria, de Pedro Loti. Ando á mil leguas de tal suposición, en el terreno concreto y positivo. Lo que digo es que el alma de Loti se halla (según podemos observarla al través de sus libros), en estados mudables de sí misma, como el lago que refleja los cambiantes colores y formas de las nubes, y que, en *Ramuncho*, el juego de luces y las cien veces deshechas figuras del cielo, han sido las más bellas, las más gravemente poéticas de cuantas se copiaron jamás en la sombría superficie. ¿Y por qué no hemos de creer, de acuerdo con la razón, que, al menos durante el tiempo en que Loti ha analizado el carácter de aquel paisaje y de aquella gente, empapada de la savia de lo eterno; mientras ha sentido la atracción de los severos paisajes y de la vida patriarcal, que emana de la tierra y de la raza euskariana, destiladora de un licor de fortaleza moral con el cual se nutre, y robustece, más que los dioses olímpicos con la ambrosía, ha habido en Loti, ya que no la vigorosa fe que pudo transmitirle la sangre de sus ascendientes, al menos el hondo anhelo de recuperarla?

Todo esto significa que *Ramuncho* es una de las novelas más cristianas que conozco; lo es por su ambiente y sentido íntimo, por la espiritualidad que la colma. Y estamos midiendo ya el camino

que se anduvo, desde Bernardino de Saint-Pierre á Loti. Sin duda en el autor de *Pablo y Virginia* existe un sentimiento de la naturaleza, del medio terrestre y cósmico, que fué nuevo á su hora, como era nuevo el entusiasmo por las islas, en las cuales la literatura de la sensibilidad humanitaria localizó su ensueño; pero en Loti, tan pintoresco, tan reflejador de los aspectos naturales, hay más: hay la vieja alma de las razas, el Espíritu siempre redivivo de los tiempos de antaño, que flota sobre las comarcas misteriosas del globo, y que revela al gran poeta sus secretos. Yo he oído decir que la Turquía de Loti no es la verdadera Turquía, ni su Japón el verdadero Japón. ¿De qué novelista que ha estudiado una comarca no se murmura otro tanto? Aquí han sido muchos los que protestaron de la montaña de Santander, según Pereda, y no digamos lo que le costó á Daudet su Tarascón, Provenza, el Mediodía. Casi nadie está conforme con su retrato, ni aun con las fotografías, que en cierto respecto no mienten. De los países transcritos por Loti, hay uno que los españoles podemos conocer hasta la saciedad: el escenario de *Ramuncho*. No hace falta ir á los antípodas, ni ver reflejarse nuevas estrellas en el seno del océano, para saber cómo formó el tiempo á las cumbres pirenaicas y á sus hijos. Y yo declaro que ninguno de los escritores compatriotas míos que tomaron por tema esa comarca, ha expresado como Loti lo indefinible de ella. La ciencia no acierta á clasificar lo que la diferencia de las demás de la Península, ni ha dibujado con tan finos rasgos á esa gente, que parece tener

en su contextura moral las mismas aristas gráficas de sus altas sierras, aristas que trabajosamente, y casi diré que sin ventaja alguna, van ludiendo las transformaciones sociales y las costumbres modernas.

Nótese que, aparte de la gentil innovación del escenario, la fábula de *Pablo y Virginia* ó de *Atala* puede desarrollarse en cualquier otro punto del globo; y que, de *Ramuncho*, cabe decir lo contrario. En esta novela, tan vascas son las almas como los cuerpos, la naturaleza como las costumbres. Tal cual se desarrolla el idilio, sólo allí debe suceder. Es la manifestación de las fuerzas seculares que en la raza existen, recias y duraderas á imagen de las montañas que cierran y abrigan los valles tapizados de helechos y festoneados de digitales color de rosa. Franchita, Dolores, Graciosa, Itchúa, son vascos hasta la médula, creyentes, graves, tenaces, impulsivos, capaces de sacrificio y de violencia. Si Ramuncho difiere algún tanto, si hay en él una inquietud, un desasosiego que los demás ignoran, es debido á la mezcla de su sangre, á que no es vasco puro, sino mestizo.

Entre los ilustres émulos de Loti, los que como él nacieron á mediados del pasado siglo, no faltan algunos á quienes el exotismo tentó, y que se preocuparon de la diferencia de psicología entre las razas. Bourget, discípulo de Taine, quiso estudiar el problema en *Cosmopolis*; Anatolio France hizo su ensayo de exotismo arcaico, en *Taïs*; y la nota de Loti continúa, sin embargo, siendo singular, y su jardín, cerrado y sellado. Entretenidos con

los aspectos del alma moderna y del vivir parisiense, no han podido los demás seguir al infatigable viajero, que ha recorrido Palestina, Turquía, Egipto, Persia, las Indias, China, el Japón, ejercitando en todas partes su misteriosa fuerza mágica de adivinación poética, hasta el límite en que las tinieblas de la psicología ya se hacen impenetrables. Cuando cesa la clarividencia, resta el sentimiento, por el cual nos apropiamos lo incognoscible, y lo expresamos. Del ansia de iluminar las obscuridades espirituales, nacen los famosos « casamientos » de Loti — que permanece soltero — con mujeres de los países que recorrió. Aparte de que tan sencilla anécdota forma la trama de sus novelas, es indudable que sólo la intimidad amorosa consigue fundir, aun cuando sea transitoriamente, en un segundo de emoción, las almas y las razas extrañas. El Conquistador por excelencia, Cortés, para conocer bien á los pueblos terribles, que adoraban dioses todos embadurnados de goma copal y sangre, y que iba á afrontar, admitió en su lecho, como Aquiles á las cautivas troyanas, á la india doña Marina. Sugestivamente dice Anatolio France, que las diversas figuras que nos muestra el universo, en apariencia innumerables, se reducen á sólo dos: la del amor y la de la muerte.

La razón secreta del hechizo ó sortilegio de Loti, la encuentra otro gran crítico, Lemaître, en que causa sensaciones muy profundas, sugiere percepciones inesperadas, y hace vibrar, hasta con exceso, nuestro espíritu. — Conmueven más las páginas de Loti, que otras grandes páginas literarias, siendo

aquellas compuestas al descuido, escritas con escaso vocabulario, y respondiendo exactamente á la estética del impresionismo, que no se cura de reglas ni de académicas perfecciones. El maleficio de Loti — así lo califica Lemaître — está en que hiere en lo más refinado y en lo más elemental, en los dos extremos del teclado del sentimiento. Su alma, en perpetua titilación, hállase, como pretendía de la suya Víctor Hugo, en el centro de las cosas, recogiendo todas las voces y estremecida por todos los sonidos. Claro es que para ser cautivo de este encanto, hay que poseer, cuando menos, algo de refinada sensibilidad, y ser capaz de comprender sutilmente el atractivo y la esencia de países que no son el nuestro, ni nos subyugan porque nos superen en cultura y poder. Y esto, creedlo, no es dado á todos. La mayor parte de los humanos suelta la risa al oír una palabra forastera, al ver un tipo exótico, ó pregunta asombrada, « ¿pero es posible ser persa? » Raro es el hombre que, contemplando á un jerife marroquí, se pregunta, como Loti, en qué se diferenciará el modo de pensar de aquel jerife y el de un señor del bulevar. Casi nadie murmura, con el transporte que Loti : « La frase *te amo*, no la había oído jamás en lengua turca ! » Pero el que conoce este inexplicable embrujamiento de los países raros, fabulosos casi, donde la marca original humana no ha sido borrada por el artificio civilizador y la uniformidad, será apasionado admirador del que supo describirlo, reflejarlo, y hacerlo contagioso.

Y cabe decir que pocos hombres han vivido tan

intensamente, han atesorado tantas memorias é impresiones, como ese marino que hoy reparte sus horas entre la casa en que nació, en Rochefort, que ha convertido en museo, y la linda quinta de Hendaya, donde, cerca de las montañas que acaricia el viento del sur con fragancias de brezos floridos, puede meditar en la verdad melancólica del tema de *Ramuncho* : vivir, morir, donde los antepasados vivieron y murieron...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.